

Lo nuevo, lo verdaderamente nuevo



Sergio Rodríguez Lascano

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado

CARLOS MARX, *ONCE TESIS SOBRE FEUERBACH*

México se aproxima a confrontaciones definitivas. Las que hasta hace un tiempo eran consideradas únicamente como tendencias hoy deben ser comprendidas como realidades que deben ser englobadas en un análisis de conjunto para poder comprender la realidad que determina nuestra acción.

En la vida diaria, hay momentos en que, para los seres humanos, los tiempos se acortan o se alargan, de acuerdo al proceso que acabamos de señalar. Hoy, los tiempos se acortan y, muchas veces, en unos días se logran cosas que no se habían conquistado en años. Hoy, lo fundamental es saber distinguir lo aparente de lo esencial, lo superficial de lo fundamental.

Para la mayoría de los analistas políticos y sociales, hoy lo predominante en México es la existencia de un Estado fallido como consecuencia de la acción del crimen organizado. Los más osados señalan que éste último ha corroído las entrañas del Estado. Otros van un poco más lejos, pero se detienen inmediatamente al ubicar que lo que se vive es una guerra contra la población mexicana como tal y, también inmediatamente, lamentan que eso vaya a romper el dique de las instituciones.

La realidad es que vivimos bajo la peor crisis del Estado mexicano y del sistema de producción y reproducción del capital desde la revolución de 1910. Pero esta crisis no es

resultado del crimen organizado; aun cuando pudiéramos aceptar esto parcialmente, si entendemos al Estado mexicano como parte de este último.

No, esta crisis tiene varias aristas, pero todas desembocan en una: la carencia total de legitimidad del Estado, sus instituciones, su ideología, su clase política y sus medios de comunicación ante los ojos de la sociedad —en especial entre los de abajo—. Es una crisis que recorre todo el aparato de dominación y que permite que, donde antes había consensos, hoy haya únicamente violencia; que, donde antes había beneplácito, hoy haya cólera; que, donde antes había consentimiento, hoy únicamente haya coerción; que donde antes había anuencias, hoy haya retenciones; que, donde antes había aprobación, hoy solamente haya encabronamiento. Esto nos habla de la actualidad de la rebeldía.

El deber sagrado de quien analiza las cosas desde los movimientos es verlas en su justa dimensión y hacer de lado todo lo fenoménico y aparente. No se trata de generar falsas ilusiones, pero mucho menos de hablar de una sociedad mexicana derrotada, sin que se nos diga realmente en qué momento sucedió un fenómeno de esa naturaleza.

Nuestra tesis de que el ciclo abierto por la insurrección indígena zapatista de 1994 no se ha cerrado es ahora limitada, en tanto que es una constatación obvia. Lo nuevo, lo realmente nuevo, es que, desde las entrañas de la sociedad, se ha generado un proceso de insumisión que hoy desafía al poder político. No se trata de un movimiento que se lanza a las calles para parar una guerra y en solidaridad con los pueblos indios. De lo que se trata es de un proceso de pérdida de miedo al poder político y económico que permite una serie de acciones que no sólo lo desafían sino que lo neutralizan; aunque sea parcialmente.

Claro que vivimos una guerra contra la población. El EZLN había insistido durante varios años en ese hecho cuando la mayoría de los intelectuales se preocupaban por los procesos electorales o cuando buscaban atajos en el proceso de toma de conciencia del abajo

mexicano y pensaban que todo dependía de que ellos lanzaran un programa o de que llamaran a la conformación de una constituyente.

Esa guerra lleva ya muchos años. Se inició, en el caso de nuestro país, en 1982 con la implementación de lo que fue el proyecto neoliberal, a saber:

a) El desmantelamiento de lo que le daba legitimidad al viejo régimen mexicano para lograr un cambio de la forma estatal, al deslegitimar la Constitución de 1917.

b) Una oleada de privatizaciones que puso en venta de garaje la riqueza nacional; lo que significó una traslación de plusvalía social del Estado hacia unas cuantas manos, nacionales e internacionales.

c) Una apertura comercial que borró las fronteras frente a la potencia del norte y que borró de un plumazo una serie de aspectos claves de la soberanía nacional.

d) Una desregulación financiera que permitió que el Estado perdiera cualquier tipo de control sobre la moneda y los intercambios financieros.

e) La desregulación de la tierra y el territorio al modificar el artículo 27 constitucional, la cual puso en el mercado a la tierra, el agua, el aire, y el genoma de las plantas y eliminó la forma de organización tradicional del campesinado mexicano: el ejido, que representaba un refugio de los que vivían del campo frente al mercado capitalista.

f) La desregulación del mundo del trabajo por medio de la flexibilización laboral, la polivalencia, los contratos de garantía, la reintroducción de los viejos métodos de producción como el trabajo a domicilio y el trabajo esclavo.

g) El despojo al pequeño y mediano ahorrador por medio de las devaluaciones, la eliminación de los tres ceros, la inflación galopante y la existencia de tasas de interés que son una frontera para el ahorro interno.

h) La modificación en la práctica del artículo 82 de la Constitución que rompe con la idea de que el ejército se utiliza únicamente como mecanismo para salvaguardar la soberanía nacional al convertirlo en la herramienta para enfrentar los problemas de seguridad pública.

i) La conversión de México —de todo el país, de todos sus rincones— en un teatro de operaciones en el que el ciudadano común y corriente es visto como el enemigo a eliminar.

Esos y otros elementos son los datos duros de una guerra anunciada por los zapatistas y banalizada por la inmensa mayoría de los analistas, tanto de derecha como de izquierda. Pero, otra vez, la constatación de ese hecho es ya un elemento pasado, rebasado por una realidad que hoy se expresa en todos los rincones de lo que es México.

Lo nuevo, otra vez, lo verdaderamente nuevo, es cómo la gente se ha enfrentado a esa guerra y qué conclusiones ha sacado, además de qué significa esto desde una perspectiva nacional que no es de tranquilidad —como producto del miedo—, sino que ya viene siendo de confrontación y organización a pesar de las salvajadas que desde el poder se realizan.

Cuando allá arriba se discute el regreso del PRI y los “formadores de opinión” elaboran sesudos análisis sobre lo que está sucediendo; cuando una buena parte del futuro de la dominación se deposita en unos zapatos de fútbol; cuando el Estado mexicano ha perdido importantes partes del territorio nacional; cuando ya nadie habla —en serio, quiero decir— de los tres Méxicos: el productivo laboral del norte, el burocrático del centro y el miserable y descontrolado del sur, debido a que, con sus políticas o con sus ausencias, la clase política mexicana ha uniformado el territorio nacional para convertirlo, en su conjunto, en zona de desastre; cuando se le echa leña al fuego y se introduce a la Policía Federal a la mina de Cananea...

Todo eso sucede cuando, abajo, crece y se agolpa en el pecho la indignación frente a lo que sucede; cuando esa indignación se convierte en cólera porque no hay un solo indicio de que algo se vaya a hacer para corregir la situación; cuando esa cólera se convierte en conciencia de que ya no es posible esperar a que alguien de la clase política arregle el entuerto; cuando esa conciencia permite la construcción de un “¡Ya basta!” nacional, múltiple, diverso y, sobre todo, plebeyo y radical.

Un *flashback* indispensable

Hoy, nadie quiere acordarse de quién fue el actor central que provocó la caída del régimen de partido de Estado y, por lo tanto, están incapacitados para ver quién ha sido el actor central que ha puesto en crisis, desde el inicio de su existencia, al régimen de partidos de Estado que vivimos ahora.

El régimen priísta no se cayó solo ni tampoco a causa de las propuestas palaciegas que desde el poder se levantaban. Si ese régimen estaba basado en el control del Estado sobre la sociedad, solamente un acontecimiento que lo pusiera en cuestión, desde la sociedad, podría provocar su caída, a saber: el levantamiento armado del primero de enero de 1994 y sus posteriores repercusiones.

Sí, es necesario volver a la raíz. El 1 de enero de 1994 trastocó la relación mando-obediencia, al hacer aparecer la rebeldía como forma de expresión de la sociedad. Toda la argamasa de la relación entre el Estado y la sociedad entró en descomposición: crisis del corporativismo, crisis de la relación de caudillaje en el campo, crisis en las capas medias de la población, crisis de la relación del poder con los artistas e, incluso, crisis entre los encargados de elaborar los análisis que glorificaban al Poder, por ejemplo el grupo *Nexos* y el grupo *Vuelta*.

La repercusión de la insurrección fue de tal envergadura que, incluso en el terreno de las instituciones, se llevó a cabo una reforma política que pretendía responder al Foro de la Reforma del Estado que había convocado el zapatismo. La derrota del PRI en las elecciones del año 2000 estuvo enmarcada en esa reforma política, pero lo más importante fue lo que sucedió en la sociedad.

El corporativismo entró en crisis no sólo porque salía caro para las reformas productivas, sino también porque la gente tenía ahora un referente político que era el zapatismo y lo que se había generado atrás de él. Ejemplo de esto fueron las dos consultas ciudadanas sobre los derechos indígenas, acompañadas con la salida de las bases de apoyo zapatistas. Ambos acontecimientos

permitieron la movilización de millones de mexicanos que participaron emitiendo su opinión (un millón 300 mil en la primera ocasión y más de 3 millones en la siguiente), pero, además, hubieron centenares de miles involucrados en la organización de ambos eventos.

Todo esto generó una energía social que evidenciaba que era posible pasar por encima de los aparatos de control; que la gente podía autoorganizarse y, de manera variada y sin que nadie les impusiera nada, hacer su trabajo.

Esa energía social permitió que al discutir organización la gente discutiera política. El régimen, más allá de sus acciones represivas por medio de los paramilitares, fue incapaz de detener esa ola de espacios horizontales de debate. Así se vivió una escuela de participación ciudadana donde los sectores más pobres eran los que jugaban el papel central.

Los zapatistas habían provocado una crisis epocal en el régimen político, sin hacer o practicar una política desde o para arriba. Lo habían

logrado mirando hacia los lados, donde estaban sus iguales. De repente, era posible hacer política sin necesidad de estar afiliado a un partido político o a una institución del Estado. De repente, las cámaras de diputados y senadores ya no eran el espacio desde donde un grupo selecto hacía política. De repente, desde los ejidos, las comunidades, los barrios, las calles, la gente común y corriente hacía política y, además, amenazaba con que eso ya no tenía vuelta atrás.

La relación mando-obediencia que el PRI había establecido y que le permitía contar con un excedente social que ponía en acción durante las campañas electorales había sido mellada, neutralizada. Las viejas centrales obreras se desfondaron (se dice que ahora la CTM no tiene más de 800 mil afiliados). Las viejas organizaciones campesinas fueron, por fin, vistas como lo que eran: las que habían avalado poner a la tierra en el mercado para su venta. El sistema de partido de Estado estaba ya tocado de muerte a raíz de la insurrección del 1 de enero.



No había nada que añorar. La represión contra los mineros de Nueva Rosita, contra los ferrocarrileros, maestros y médicos; la masacre de Tlatelolco; la represión sangrienta de San Cosme; los más de 500 detenidos-desaparecidos; las masacres de Acteal, Aguas Blancas y El Bosque; el sometimiento de la sociedad por medio del corporativismo, el clientelismo, el caciquismo; la existencia de un partido único que impidió por décadas el “libre juego de los partidos” y la existencia de la democracia representativa; la corrupción que hizo del gobierno una fuente de la acumulación de capital; la impunidad en el ejercicio del poder que permitió la oligarquización de la justicia; el desprecio ante todo tipo de manifestación ciudadana autónoma, buscando siempre criminalizar a las organizaciones sociales y sus representantes; la destrucción de aspectos centrales del tejido social y nacional; los 66 millones de pobres; éstos fueron los saldos del priísmo en el poder.



Y, ahora, cómo está siendo

Toda forma nueva de lucha, unida a nuevos peligros y sacrificios 'desorganiza' inevitablemente a todas aquellas organizaciones que no están preparadas para esta nueva forma de lucha.

LENIN

Pero todos esos saldos fueron asumidos, heredados con buena disposición por los gobiernos panistas y por los gobiernos del PRD en los estados. Los partidos se comenzaron a parecer tanto entre ellos que lograr ubicar un mínimo de diferencia se volvió una tarea hercúlea.

Ahora que se habla del regreso del PRI, algunos quieren sacar conclusiones facilonas como que “estamos viviendo una derrota de la sociedad”. Incluso, se escriben libros que tienen como título “La sociedad derrotada”. Las apariencias son el espacio donde este análisis se mueve. La realidad es más compleja y más rica.

Pase lo que pase en las elecciones de los estados en julio del 2010, el sistema de partidos de Estado que sustituyó al anterior, está muerto. Por eso, el punto fundamental no es saber quién va a ser el candidato minoritario más votado sino cuál será la abstención y con qué ridículo porcentaje se van a sentar a gobernar las diversas fuerzas. Por eso, las campañas electorales, a pesar de contar con todo el apoyo de los medios de comunicación masiva, no logran prender en la sociedad. La gente ya tiene tiempo que votó con los pies al no ir a las urnas.

Lo que queda son gestos grandilocuentes, aspavientos de malos actores. De la misma manera que en 1994 la gente derrotó al sistema de partido de Estado, hoy, la gente derrotó al sistema de partidos de Estado. El Estado y sus instituciones están en crisis desde hace ya varios años. A diferencia de lo que muchos piensan, no se trata de que vaya a regresar el que se suponía que estaba ausente, el PRI; sino de que los que nunca se han ido, desde 1994, van a volver a evidenciar la crisis del Estado y sus instituciones.

Entonces, puede frotarse las manos todo lo que quiera el señor Enrique Peña Nieto porque piensa que el 2012 está a la vuelta de la esquina, sin saber que lo que viene es lo mejor. Andrés Manuel López Obrador escribe un libro sobre la mafia que nos robó el país (sin decir una palabra sobre qué hacer con ella) y pone la fecha del 2012 como su escenario, sin percatarse, a pesar de darse una vuelta por el país —donde no ve lo que debe ver y ve lo que le presentan como realidad—, que el 2012 está muy lejano; que primero hay que sortear lo que falta del 2010 y el 2011. Marcelo Ebrard recorre el mundo y se presenta frente a la socialdemocracia mundial como la única opción, sin ser conciente de que, en especial en la ciudad que dice gobernar, la gente ya le dio la espalda. O los panistas, cuyo mejor candidato según las encuestas es Santiago Creel. Sí, el hombrecito que ha evidenciado hasta la náusea su incapacidad y mediocridad, para no hablar de los otros suspirantes, como el inefable Javier Lozano.

Sin tener encuestas que nos ayuden, sin tener asesores que nos lean el futuro, sin tener estilistas que nos hagan más presentables, nosotros sí sabemos lo que sigue: la agudización de la crisis del sistema político y el incremento de la rebeldía.

Incluso los verdaderos dueños del poder tienen que inventar una cosa llamada “Iniciativa México” que busca exorcizar no sólo el 2010, sino que evidencia que ya ni siquiera como mascarada necesitan a la clase política. Ellos pueden aparecer en cadena nacional, ellos pueden tener su monigote como animador de las conciencias, ellos cuentan ya con su fiesta: el mundial de fútbol. Ellos buscan exorcizar el bicentenario o el centenario mediante un *reality show* en el que, como en los tiempos de reina por un día, se busca encontrar al mexicano o grupo de mexicanos que sean dignos de ser premiados. En lugar de la bola, la lana.

El regreso del PRI es el eslogan de moda de los analistas. Pero lo único realmente novedoso es la situación por la que atraviesa la organización y conciencia del pueblo mexicano. En todos los rincones de lo que se llama México, encontramos bolsas de rebeldía que se

expresan ante el reclamo de justicia, ya sea porque sus hijos fueron asesinados en una guardería, o porque uno de sus hijos fue baleado por miembros del ejército bajo el pretexto de que era narcotraficante.

No estamos hablando únicamente de la conciencia de clase adquirida después de que la empresa cierra la fuente de empleo; o de la conciencia como producto de años de resistencia, como el caso de los pueblos indios; tampoco de esa conciencia economicista que siempre voltea hacia el poder para demandarle algo, ésa que algunos tontos confunden con conciencia de clase; ni tampoco de la conciencia que se adquiere como producto de la preparación intelectual. Estamos hablando de otra conciencia: la que nace de enfrentar un agravio, la que es producto de una injusticia, entendida como algo que se siente en la piel, algo que me sucedió o le sucedió a mi familia o a un amigo o a un compañero.

La conciencia como producto de una experiencia terrible que marca el pensamiento y la práctica de un hombre o una mujer en la vida cotidiana. Esa conciencia no tiene tantas mediaciones como las otras. Se expresa con la pérdida del miedo frente al poder y sus instituciones. Se expresa cuando se es capaz de mostrar el cuerpo frente al Estado y sus instituciones y, sin temor a las represalias, decirle al jefe del Estado y de las fuerzas armadas: “Usted no es bienvenido. Usted es un asesino”.

No es lo mismo cuando el líder del SME dice que si falla equivocadamente la Suprema Corte de Justicia se habrán cerrado los caminos de la legalidad, que cuando un padre de familia de Sonora dice que todas las vías institucionales se han cerrado para ellos. O cuando una madre de familia, Patricia Duarte Franco, le responde al funcionario del Instituto Mexicano del Seguro Social, quien pidiera sus datos para pasarle la pensión vitalicia que Felipe Calderón ofreciera en una reunión espuria con supuestos familiares, lo siguiente: “Te recuerdo que yo no estuve en la reunión en Los Pinos con el Presidente. No quiero una pensión vitalicia. El IMSS pretende pagarnos a nuestros hijos en mensualidades.

Yo tengo 32 años, no quiero pensión, ¡quiero justicia! Los padres demandamos justicia para nuestros hijos. Voy a continuar en la lucha, voy a estar presionando por la memoria de mi hijo, para que se haga justicia”.

El dirigente del SME busca presionar a una institución pública, no tiene otro objetivo. Los otros casos reflejan la dignidad de una persona medida en función de su agravio. No es una maniobra política ni una declaración para la galería; es la evidencia de un estado de ánimo, de una molestia que nace del estómago, de alguien que realmente ha dejado de creer en el Estado y que ahora lo convierte en su peor enemigo. Justicia es lo que ellos piden. Lo mismo que pidieron en Ciudad Juárez los padres de los asesinados por el ejército; lo mismo que piden los padres y los compañeros de los muchachos asesinados en Monterrey por el ejército; lo mismo que piden los padres y compañeros de los jóvenes asesinados por el ejército en Reynosa; lo mismo que piden los familiares de miles de desaparecidos de esta guerra en contra de la población; lo mismo que piden los miles de muertos. Se habla de que el 75 por ciento de los más de 24 mil muertos que van en el sexenio de Calderón, no tenían nada que ver con el crimen organizado y que el 70 por ciento de los detenidos —que son señalados por unos testigos protegidos—, son inocentes.

Esa conciencia tiene la característica específica de ser mucho más explosiva, porque no depende de nadie en particular; ni de un partido, ni de un sindicato, ni de un intelectual. Le pertenece completamente al agraviado, a la agraviada. Es mucho más fácil de extenderse, en tanto que nace de las entrañas mismas del pueblo. Nadie la exporta ni la introduce; la indignación se transmite por medio de la voz, de los mensajes de celulares, de las redes sociales.

Podríamos hablar de una conciencia de vida y de ubicación en la vida. Trabajadores que le dejan al Estado la protección de sus hijos pequeños y a los cuales éste les responde subcontratando esos servicios a una serie de políticos y familiares de políticos a quienes lo que menos les importa es el bienestar de los niños.

Comparada con procesos anteriores, la conciencia social es hoy mucho más extendida, menos localizada, más nacional, aunque todavía está dispersa.

Esa conciencia se expresa en la carencia de confianza o de fe en las instituciones del Estado mexicano y en el abandono de esa especie de sumisión y/o indiferencia ante lo que pasa. Representa una forma nueva de comprensión de la realidad como producto de lo que me sucede a mí o a mi amigo o compañera. Se trata de una conciencia insumisa, colérica, que ha dejado de tener la más mínima confianza en las instituciones. Se trata de una conciencia diferente al economismo o a la conciencia reivindicativa.

Ellos y ellas, con su conciencia colérica, están estableciendo el calendario que abajo se trabaja. Ese calendario es diferente al que, desde el poder, se nos quiere imponer. Los ritmos y los tiempos de la confrontación están de nuestro lado, nos pertenecen.

El carácter del movimiento que se está expresando abajo es plural y diverso, ahí reside su riqueza (lo que para algunos es su debilidad). Un movimiento que no es de clase, desde el punto de vista sociológico, pero que entendido desde el punto de vista político sí lo es: es de las clases de los de abajo, de los que no tienen nada más que su fuerza de trabajo para vender. Un movimiento que no es ideológicamente homogéneo, pero que sí tiene una serie de ideas-fuerza muy precisas y muy machacadas. Un movimiento que no es políticamente correcto, pero que es el único que todavía puede ofrecer una salida civilizada a la barbarie a la que el “progreso” neoliberal nos ha conducido. Un movimiento de los débiles, chaparros y lentos.

No somos un sujeto de cromo, somos débiles, lentos y bajos porque somos la gran mayoría de la población. Un movimiento carente de estrategias pero lleno de voluntad de lucha y de creatividad. Un movimiento sin vanguardia, pero que actúa como una vanguardia que ayuda a dinamizar nuevos movimientos sociales. Un movimiento sin un programa global, que es en sí mismo un programa de lucha. Un movimiento que no busca los reflectores, pero al cual inevitablemente

los reflectores girarán para iluminarlo. Un movimiento sin jefes, ni caudillos, ni presidentes legítimos. Un movimiento que solamente cuenta con sus propias fuerzas y que hace de esa necesidad su virtud. Un movimiento que no cuenta con grandes interpretadores e intelectuales porque la dialéctica de la historia, que los intelectuales oportunistas intentan negar o alejar, sigue operando eficazmente—incluso en ellos, contra su propia voluntad— y los arroja al campo del poder.

Y el momento histórico de la irrupción autónoma de los de abajo se va alejando progresivamente, para ellos, hacia un futuro inalcanzable. Un movimiento que sin ser político en sus orígenes se ha convertido en lo más político que existe hoy en nuestra nación.

Cúmulo de agravios

Todo proceso de rebeldía o rebelión se da por fuera del Estado, lo cual no quiere decir que muchas veces no sea producto de determinadas acciones del Estado. La diferencia con relación a los movimientos economicistas es que su expresión se da por fuera de la estatalidad. Viene desde abajo, como producto de un cúmulo de agravios que se han cometido en contra de las personas.

A partir de ese momento, una energía social se pone en acción, busca sus equivalentes y se lanza a la calle. Los de abajo: trabajadores, amas de casa, jóvenes y demás, desplazan de la escena a la clase política; se convierten en los actores fundamentales y no permiten ya que sea el presidente, o sus ministros, o sus partidos, los que vuelvan a mandar al coro.

Es como sucedió en Sonora y Chihuahua. En el primer estado, la muerte de 49 niños como producto de un incendio de la guardería ABC puso en el tapete de las discusiones la irresponsabilidad del Estado al subarrendar dichas guarderías y convertirlas en negocio de una parte de la élite política. Por más esfuerzos que han hecho Calderón y los partidos, los padres y madres miembros del movimiento 5 de junio han tomado el control de las acciones.



A unos cuantos días de que el incendio hubiera acontecido, miles de ciudadanos de Hermosillo, Sonora, salieron a las calles a manifestar su indignación frente a la irresponsabilidad del gobierno federal y local. La manifestación se convocó por medio de mensajes de celulares y de las redes sociales. Todavía Calderón quiso conmemorar el 5 de junio con un acto en Los Pinos, invitando a algunos padres de familia. Sin embargo, la mayoría se mantuvieron dentro del movimiento 5 de junio y, hasta la fecha, han dado muestras de dignidad al no aceptar ni la versión de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, ni las indemnizaciones.

En el otro caso, el vil asesinato de 16 jóvenes en la Colonia Villas de Salvárcar produjo una ola de indignación cuando Felipe Calderón declaró, desde el extranjero, que se trataba de narcos. Así lo describimos en un número anterior de la revista: “Asolada y desolada, Villas de Salvárcar se convirtió pronto en el símbolo inequívoco de la violencia estructural de un sistema que arrasa con lo que se encuentra a su paso. Pero también, la masacre de jóvenes se convirtió en símbolo de la rabia e indignación de una sociedad que ha tenido que soportar la violencia, el trabajo precario y la exclusión en lo cotidiano...”



“Las madres y familiares de los chicos asesinados comenzaron con el grito, un grito que es una continuación renovada de aquél lanzado por los cientos de madres a las que les han asesinado o desaparecido a una hija desde hace ya muchos años y hasta el día de hoy, en esta ciudad fronteriza donde se respira y se siente un peculiar olor a miedo. Ni una más. Hoy se agrega, ‘ni uno menos’.

“Relatan los números fríos una historia que desgarrar: 60 por ciento de los cinco mil asesinatos cometidos en los últimos años en Juárez, corresponden a jóvenes menores de 20 años. Si se cuentan a los que están en la franja de los 20 a los 30, el porcentaje sube casi al 80 por ciento. No hay duda de que en Ciudad Juárez se asesina principalmente a jóvenes. Así es...

“Pero otros coinciden en que sí hay una guerra, una otra guerra: ‘contra los jóvenes, contra las mujeres, contra los pobres’, dicen integrantes del Comité Universitario de Izquierda (CUI), de la UACJ. ‘Una guerra contra la humanidad, contra toda la sociedad de Ciudad Juárez’, señalan adherentes a La Otra Campaña. ‘Hay una guerra contra los jóvenes, y nosotros somos sobrevivientes de esa guerra que no elegimos’, dicen chavos miembros del Zyrko Nómada de Kombate. Y agregan: ‘Somos los afectados directos, nosotros, los jóvenes, en esta guerra contra los pobres, que lo que deja es desempleo, abandono’...” (Pablo Rojas, “Juaritos: rebelarse contra la muerte”, *Rebeldía*, No. 70).

El miedo que se vive en la ciudad más violenta del mundo, aún más que Bagdad —por el número de muertos diarios— no impidió el proceso de organización de una respuesta social autónoma e independiente. “Nos tienen miedo porque no les tenemos miedo”, gritaban un grupo de jóvenes en una manifestación frente a las oficinas de la PGR. Nos tienen miedo porque no les tenemos miedo, el asunto no podía ser formulado de manera más correcta y exacta.

Igual ha sucedido en el caso de los jóvenes asesinados en la carretera Reynosa-La Ribereña. El ejército federal asesinó a tres jóvenes: uno de 17, otro de 15 y uno de 13. Los soldados señalaron que los jóvenes traían armas de alto calibre, sin embargo, el menor venía con su uniforme de la secundaria. Al respecto, Raymundo Ramos Vázquez, presidente del Comité de Derechos Humanos de Nuevo Laredo, Tamaulipas, señaló que responsabilizar a los jóvenes de un enfrentamiento es ya una situación mayor: “La autoridad federal, tanto la Sedena como la PGR, no gozan de ningún tipo de credibilidad ni confianza entre la ciudadanía porque estos abusos de disparar a matar cada vez son más frecuentes e involucran a más civiles”.

“En Monterrey, el viernes 19 de marzo quedará grabado en la mente de varias familias mexicanas”, decían desde el ciberespacio cientos de jóvenes que compartían su indignación. En Facebook fue creado un perfil en el que se exige justicia para los estudiantes que murieron: Javier Francisco Arredondo Verdugo y Jorge Antonio Mercado Alonso, después de que estuvieran en medio de fuego cruzado por parte del Ejército y presuntos delincuentes.

En esta red social, que hasta la noche del domingo 20 de junio contaba con 519 miembros y cuyo creador es aparentemente familiar de uno de los estudiantes (Juan Arredondo), varias personas no sólo exigen justicia sino que también expresan su indignación ante las declaraciones hechas por el procurador estatal, Alejandro Garza y Garza, en las que se señalaba que los dos alumnos de posgrado, con beca de excelencia, eran narcotraficantes.

Con un moño negro con azul y la fecha 19-03, se distinguen la mayoría de los estudiantes del Tec y compañeros de Arredondo Verdugo y Mercado Alonso quienes comparten los recuerdos que tuvieron con ellos, la frustración que sienten y dan el pésame a la familia, entre otros comentarios.

“¿Por qué el Procurador Alejandro Garza y Garza aseguró que no eran estudiantes? ¿En qué se basó para dar tal versión? ¿Dónde están las identificaciones de Jorge y Javier? ¿Por qué el ejército decomisó los videos de las cámaras de seguridad del Tec? ¿Qué buscan ocultar? ¿Por qué los estudiantes presentan golpes en el rostro? Si fueron abatidos por el ejército con disparos cometidos por error, entonces ¿por qué después los golpearon buscando que dijeran que eran sicarios, si eran estudiantes del Tec? ¿Por qué primero disparan y después averiguan?”, son algunos de los cuestionamientos que hace el creador de este perfil, lo mismo que sus participantes.

¿Dónde quedó ese norte industrial y productivo? En su proceso de reestructuración, el Estado ha arrasado con todo, incluido el orgulloso norte del país. Hoy viven en peligro y son asediados por las fuerzas represivas. Esto ha generado un nivel de descontento nunca antes visto en esta parte de México.

Ahora es más fácil comprender el rencor de los mineros de Cananea cuando les cierran su fuente de trabajo; o la rabia de los familiares de los mineros de Pasta de Conchos cuando igual se manda a cerrar la mina, cuando se estaba a punto de encontrar los primeros cuerpos de los mineros, sepultados por la irresponsabilidad de Germán Larrea, poseedor de una fortuna personal de 8 mil 589 millones de dólares. No es diferente lo que viven las familias de los jóvenes asesinados de lo que viven esos mineros y sus familias. El norte está cruzado por una guerra global en contra de la población, pero, otra vez, lo que es distinto esta vez es que en medio de esa guerra hay procesos de reorganización social totalmente novedosos.





En el centro del país se viven los procesos de despojo que el gobierno de Marcelo Ebrard ha realizado en contra de la población. Se han llevado a cabo tanto en la construcción de la línea 10 del metro, como en la construcción de la súper vía, eso sí, con un discurso de izquierda ya insostenible. Las inundaciones de Chalco son una especie de futuro anterior para toda la Ciudad de México. Nos anuncian un futuro que ya nos alcanzó como producto de un diseño de ciudad que ha fracasado de manera global. Y ahí no es posible echarle la culpa a los viejos gobiernos priístas en tanto que, desde el punto de vista de las personas, siguen siendo las mismas desde 1982 hasta la fecha.

En Chalco, también se dio un proceso de reorganización social: “La mayoría de las labores de rescate, rehabilitación, el aviso oportuno a los vecinos de que estaba el problema, los primeros en poner costales fue gente civil, colonos de aquí, gente que vino a apoyar. No fue el ejército, no fue la marina. La marina llegó tres o cuatro días después a pararse por allá en otras colonias, con anfibios y con lanchas. Nosotros vimos las lanchas de motor que llevaban y toda su parafernalia que cargan, sus anfibios estaban

parados a varios kilómetros más para allá, más bien —es lo que comentábamos— haciendo labores de intimidación, de tipo patrullaje, de presencia militar y policíaca que detuviera alguna posibilidad de organización masiva. Sí ha habido organización, sí ha habido vecinos organizados, pero temían una organización de las treinta o veinte mil gentes que se inundaron, eso para ellos era el coco.

“A nosotros nos tienen catalogados como violentos, como gente irracional, gente peligrosa. Y ha habido una respuesta, pero no como ellos esperan: de manera violenta. Buscan cualquier pretexto para atacar a la población, amedrentarla. Desde antes que llegara la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), la Conagua y la gente del estado de México, lo primero que llegó fue el ejército, la policía estatal y, posteriormente, la marina. En días posteriores, incluso llegaron grupos de choque, gente que sabemos que los trajeron de otros municipios, sobre todo de la parte del Valle de Toluca, que venían con playeras rojas y estaban mezclados con la gente que hacía el censo” (Gustavo Magallanes, et al, “La rebeldía en Valle de Chalco”, *Rebeldía*, No. 70).

Cúmulo de agravios que ha logrado hacer parejo el suelo. cúmulo de agravios que encuentra respuestas formidables si entendemos las condiciones en las que se están dando. cúmulo de agravios cuando se despide a 44 mil trabajadores electricistas —aprovechando una pugna irresponsable en su dirección— y no se recontrata ni a 200. cúmulo de agravios que está permitiendo el surgimiento de un nuevo tipo de rebeldía, a la cual no podemos ubicar por su programa, dirección y resultados, sino por su dinámica, sus hechos, su voluntad, su capacidad para generar nuevas formas de interlocución.

Cúmulo de agravios que nos anuncia un futuro que ya está aquí; que nos lleva a voltear, no hacia arriba o hacia abajo, sino hacia los lados para encontrar a nuestra compañera, a nuestro compañero. cúmulo de agravios que nos permite ir ubicando el común sin perder nuestra diversidad. cúmulo de agravios que se resume en una lucha, antigua y nueva, por la *justicia*.

Justicia para que no me quiten mi trabajo, para que no maten a mis hijos, para que no se inunde mi barrio, mi ciudad, mi país. Justicia para que no se siga asesinado a mujeres, para que los jóvenes no sean vistos como objetivos militares, para que ya no haya miedo, para que podamos pasear nuestro cuerpo, no frente a las bayonetas, sino frente a los jardines y las plazas. Justicia porque queremos —como decían las trabajadoras migrantes de California— “pan y rosas”.

Y el último dato revelador es que son las mujeres las que están a la cabeza de estas luchas y de este proceso de reorganización social. Y cuando eso pasa, el mundo cambia, todo se modifica, lo sólido se desvanece.

Hacia allá es a donde deben dirigirse los esfuerzos de La Otra Campaña, del Nosotr@s, que inevitablemente deberá ser estación de paso. Hay todo un pueblo que hoy vive en el descontento y la insumisión. Si alguien quiere entretenerse con procesos electorales carentes de interés o si alguien habla de insurrecciones sin haber tocado, ni siquiera rosado, ese proceso de insubordinación general, allá ellos. La Otra debe pasar por encima de sus fronteras

organizativas y encontrarse con ese movimiento incluso más plural y diverso que el suyo. Esto es si quiere formar parte del proceso general de rebeldía que se vivirá en un tiempo. Ahí debe dar a conocer lo que aprendió por sí misma:

a) La diversidad debe ser su objetivo. Cualquier intento de hegemonizar está condenado al fracaso.

b) Dirigirse hacia el pueblo de abajo en general, no hacia una clase social en particular.

c) Ser incluyente y receptiva, donde el oído, el saber escuchar, sea la clave.

d) Sus formas de lucha también deben ser diversas y variadas, no caminamos hacia un rumbo predeterminado: una huelga general insurreccional o un paro cívico o una constituyente, sino que eso se va calibrando conforme el movimiento madure.

e) La organización debe ser su credo. No somos nada si no estamos organizad@s. Eso no quiere decir un modelo organizativo castrador, sino organizados de manera diversa, plural, multicolor, pero organizados.





Las organizaciones militantes, Nosotr@s, debemos de dejar de perder el tiempo en actuaciones estériles. A quienes no estén preparados para comprender y participar en eso nuevo que está surgiendo ya no será posible esperarlos. Si alguien quiere seguir entreteniéndose en banalidades, ése es su problema. El camino de la menor resistencia no es el nuestro. Nosotr@s, la inmensa mayoría, estamos listos. La militancia y la formación política son nuestras herramientas. Entendemos que nuestra misión no es hegemonizar sino servir de puente, ventana y espejo con relación al movimiento. Ser vigilantes de su pluralidad y de su autonomía. Estar dispuestos a llevar a la práctica lo que pensamos.

Nuestro anticapitalismo es radical. No pretende luchar contra el neoliberalismo como coartada para posponer la lucha contra las relaciones sociales de producción capitalistas y la relación mando-obediencia que de las anteriores se desprende. No le tenemos miedo a las palabras expropiación de los medios de producción y de reproducción de la ideología dominante. Por la autoorganización y autogobierno de la sociedad. Luchamos porque el que mande lo haga obedeciendo, que rompa con la lógica de toda la tradición política en la que siempre se requiere de algún especialista para gobernar. Estamos por convertir a toda la clase política en sociedad y a toda la sociedad en clase política.

Nosotr@s, l@s que no vamos a ser poder, solamente recibiremos el premio de saber que fuimos fermento y estar seguros de que cumplimos con nuestro deber.

Conclusión:

*si está entregando el país
y habla de soberanía
quién va a dudar que usted es
soberana porquería*

*no me gaste las palabras
no cambie el significado
mire que lo que yo quiero
lo tengo bastante claro*

*no me ensucie las palabras
no les quite su sabor
y límpiense bien la boca
si dice revolución.*

MARIO BENEDETTI, *LAS PALABRAS*

Aturdidos por el ruido que ellos mismos provocan, la clase política y sus partidos no afinan el oído. El ruido ensordecedor que ellos y su entorno generan les impide escuchar cualquier cosa que no se diga por ellos mismos o por su entorno. Inventan encuestas y se las creen. Inventan redes de más de dos millones de participantes y

se las creen. Inventan entrevistas en noticieros, revistas y periódicos, y se las creen. Incluso, ya no se percatan de lo que pagan por ellas.

Viven en un mundo feliz, se lamentan por lo del que llaman “Jefe” Diego y quieren saber quiénes son los responsables y deciden aumentar su seguridad. Se sorprenden frente a la unanimidad que ha generado este caso, en el que, en las redes sociales y en los periódicos, la gente común y corriente pregunta dónde puede depositar su cooperación para que no lo suelten.

Es la gente bonita de la política. Los que dicen que es una lástima que los demás no sean como ellos e inmediatamente se arrepienten, porque no se vayan a crear más competidores.

La pregunta a resolver es la que nadie se plantea: ¿Habrán 2012? Entretenidos con ese año axial, para ellos, no se preocupan por el actual, ni por el que sigue. No se percatan de la profunda cólera que hoy se manifiesta por todos lados, incluso en los lugares más insospechados: Sonora, Ciudad Juárez, Reynosa, Monterrey, Michoacán, Coahuila, para no hablar sino de algunos.

Cuando la relación mando-obediencia entra en crisis, la gente accede al espacio de la rebeldía y pierde, o controla, el miedo. Los agravios son respondidos mostrando el cuerpo, arriesgándolo, y ese cúmulo de agravios crece geométricamente, se manifiesta porque el ejército federal asesinó o baleó a mis hijos o porque el Instituto Mexicano del Seguro Social subcontrató su responsabilidad de cuidar a mis hijos y los entregó a empresas patito, propiedad de familiares de políticos. O porque en mi comunidad no estamos completos: faltan nuestr@s pres@s y la vida no puede ser igual; los necesitamos, los añoramos y queremos que estén con nosotros y que no sigan presos por el único delito de defender a un puñado de vendedores de flores. O porque me quitaron mi trabajo, se aprovecharon de que mis líderes sindicales estaban entretenidos peleándose entre sí para ver quién se quedaba con el fondo de resistencia y las cuotas, y abrieron un boquete para que el gobierno requisara los centros de trabajo.

¿2012? Y ¿qué onda con el 2010 y el 2011? Confían en que, entre las elecciones estatales y el mundial del fútbol, la gente vuelva a sus casas y se tranquilice. No entienden lo profundo del cambio de conciencia y de organización de esa gente que ya se decidió y le dice sus verdades al ejército y al imbécil que dice que lo encabeza.

Abajo no se habla del 2012, se comienza a hablar del 2010 no como una fecha, sino como un concepto. El 2010 como insumisión e insubordinación. El 2010 como mecanismo para tomar el control de mi destino. El 2010 como herramienta para construir una nueva forma de convivencia social basada en la autonomía. El 2010 como pretexto para generar nuevas relaciones sociales constituyentes, es decir, decididas por mí y por mi comunidad. El 2010 como símbolo de nuestra rabia. El 2010 como la creación de un “¡Ya basta!” social y nacional. El 2010 como el año en que todo es posible, incluso ganar.

Abajo sólo hay ruido cuando se voltea hacia arriba; abajo hay murmullos difíciles de captar si uno no vive ahí. Esos murmullos nos anuncian algo: la buena nueva. Son voces pequeñas que se dicen al que vive al lado, porque es hacia los lados donde la mirada se afianza, se vuelve colectiva al juntarse con muchas otras miradas.

Es hacia los lados donde podemos identificar a nuestro igual que, casi siempre, es nuestro diferente. Esos murmullos no son captados por los aparatos sofisticados de comunicación o por los generadores de opinión o por los intelectuales orgánicos del poder. Cuando leen algo al respecto se burlan y lo desprecian. Mejor así, aprovechemos todo el tiempo en que no vamos a ser visibles. Sigamos el diálogo de Nosotr@s. Que arriba sigan en su mascarada, continúen con el volumen a todo lo que da; que, como ya no se tiene jefe de Estado, ahora se utilice al entrenador de la selección para motivarnos a ser felices.

Abajo, las miradas se intercambian, los gestos son cómplices y la pregunta es necia: ¿cuál es nuestro calendario abajo y a la izquierda?